

la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando a tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

“Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve a la vida, tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido; un bastón en la mano, una receta en la otra: **O la tomas, o te pego. Aquí tienes la salud, parece decirle: yo sano los males, yo los conozco;** observa con qué seriedad lo dice; parece que cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. No hay cuidado, sale diciendo; ya sube a su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo? —Sí. —Pues oye también el último ay del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio.

“Ven a ese otro barrio. —¿Qué es eso? Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas? —Sí. —Míralas con este antejo. —¡Cielos! La alegría reboza dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

“Mira una boda; con qué buena fé se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

.....

“¿Quién es aquel? —Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! Yo sé ganar batallas, parece que va diciendo. —¿Y no es cierto? Ha ganado la de\*\*. —¡Insensato! Esa

no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. —Pero... —No es lo mismo. —¿Y la otra de\*\*? —La casualidad. —Se está vistiendo de gran uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E., él y los que así le ven creen que ya no es un hombre como todos. ....

“Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado, concluyó Asmodeo, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.” Al decir esto pasábamos por el teatro. “Mira allí, me dijo, a un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes, y de Nerón, y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve! ni unos ni otros han conocido a aquellos señores. Repara, y riete a tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquel dice que es el grande sacerdote de los Griegos, y aquel otro Edipo; ¿los conoces tú? —Sí; por más señar que esta mañana los vi en misa. —Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Jocasta, y el pueblo tebano entero se van a cenar sin más acompañamiento, y dejándose a su patria entre bastidores, algún **carnero verde**, o si quieres un excelente **beefsteak** hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír a Semíramis? —¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis? —Sí; mírala; es una excelente cono- cedora de la música de Rossini.